

SUPLEMENTO DIGITAL



Arquidiócesis de La Habana

Contenido

(Junio 2006. No. 1)

[Presentación](#)

[Entrevista a monseñor Marcelo Sánchez Sorondo](#)

[Inusitada homilía papal](#)

[Mensaje de la Santa Sede a la OEA: una propuesta para el continente americano](#)

[El Código da Vinci: la película](#)

[Roma y La Habana: dos ciudades unidas en el espíritu](#)

[Noticias](#)

[Créditos](#)

Para suscribirse al *Suplemento Digital*, enviar su e-mail a:

arzhabana@cooc.co.cu y en el asunto: Casa Laical.

La revista *Espacio Laical* puede ser adquirida en la Casa Laical,
sita en Teniente Rey #152 (tercer piso)
e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

A modo de presentación: un nuevo espacio de reflexión de la Iglesia habanera.
Por Roberto Veiga González

El Consejo Arquidiocesano de Laicos de La Habana, y el Consejo Editorial de su revista *Espacio Laical*, ponen a disposición de los lectores este nuevo espacio de comunicación: un Suplemento digital. Este hecho, por su puesto, demanda una breve presentación por parte de sus gestores.

El Consejo Arquidiocesano de Laicos es la entidad coordinadora del apostolado organizado habanero y la revista *Espacio Laical*, es una publicación trimestral del Consejo de Laicos, que tiene como prioridades la formación y la información del laicado. Nuestra revista está dirigida a poner en conocimiento del laicado habanero el debate actual sobre el pensamiento cristiano, la Doctrina Social de la Iglesia, la filosofía, la ética, las ciencias y otras ramas del saber. Su formato es el de revista, con un número no menor de 80 páginas.

Desde hace ya algún tiempo en una de las secciones de nuestra revista, *Espacio del lector* (cartas enviadas a la redacción que sirven para establecer una plática abierta sobre temas diversos), numerosos lectores lamentan que la revista, por su periodicidad de tres meses, no pueda formar e informar oportunamente sobre aspectos del quehacer local y global, pues muchas veces el transcurso del tiempo hace imposible el análisis de temas que en su momento requerían una dosis mayor de información, así como un examen profundo. Estos criterios han hecho reflexionar al Consejo de Laicos y al Consejo Editorial de la publicación, acerca de la posibilidad de acompañar a los lectores en el discernimiento sistemático.

Para ello, hemos resuelto implementar este modesto suplemento digital, que aspira a tener una frecuencia mensual, y poseer, como es lógico, el mismo perfil de la revista; aunque por razones obvias variará en cuanto al estilo. La dinámica de este suplemento exige presentar, en cada salida, un conjunto pequeño de trabajos, que además deberán intentar ser breves. Aunque, cuando algún trabajo publicado lo requiera, también adjuntaremos documentos importantes relacionados con el mismo.

Ojalá este empeño pueda dar frutos, y logremos acompañarnos, por medio de una sana interacción entre emisores y receptores, así como llegar a constituirnos en una gran familia en torno al análisis cristiano de la realidad y sus perspectivas. Para ello, le pedimos su oración. Muchas gracias.

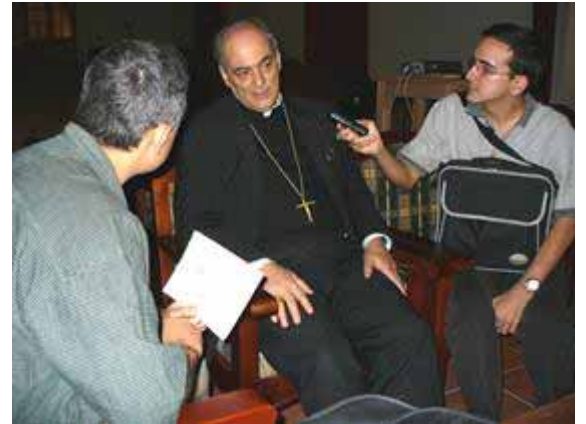
[Regresar al principio](#)

Entrevista a Monseñor Marcelo Sánchez Sorondo
Canciller de la Academia Pontificia de las Ciencias.

Quizás la imagen que tenemos de un canciller de la Academia Pontificia de Ciencias, y Ciencias Sociales, sea el de un erudito envejecido, de andar lento y hablar pausado, gruesos lentes y habitual indumentaria de tonos oscuros, inescrutables. Pero Monseñor Marcelo Sánchez Sorondo nos cambia, de pronto, cualquier figura preconcebida sobre quien dirige la Academia de Ciencias más antigua del Mundo, fundada en 1603. Es un hombre alto, ágil y fornido cual deportista, y se expresa cercano, casi familiar, como si conociera de siempre a sus interlocutores. A esto une un carisma especial para la comunicación, aún en el diálogo más ríspido, y su humor es penetrante y lúcido como el de la mayoría de sus compatriotas argentinos.

Nació en Buenos Aires en 1942. Fue ordenado sacerdote en 1968. Profesor de Filosofía, fue decano de esa carrera en la Universidad Lateranense, que depende directamente del Papa. Desde 1996 es director de la cátedra "Santo Tomás y el pensamiento contemporáneo" en la misma Universidad Pontificia.

Fue invitado especialmente al evento Ciencia, Religión y Fe, ¿un diálogo posible?, que se celebró en la Casa Sacerdotal San Juan María Vianey, de Ciudad de La Habana, del 16 al 18 de mayo. El y el doctor Ismael Clark, presidente de la Academia de Ciencias de Cuba, tuvieron el difícil encargo de pronunciar sendas conferencias magistrales que dejarían inaugurado un simposio en el que, por primera vez en Cuba, se reunían filósofos, científicos, teólogos y otros profesionales, creyentes y no creyentes.



- **Espacio Laical** concertó una cita con Monseñor Sánchez Sorondo, tras un almuerzo, casi el único momento libre del académico del Vaticano en tres días de intenso trabajo. Conocida su trayectoria como profesor y filósofo, y canciller de la Academia, una especie de interlocutor entre el Papa y los hombres de las ciencias -unos 80, entre los más destacados del Mundo, sin distinciones de razas, países o religión-, era lógico comenzar con una pregunta sobre la relación entre Teología, Filosofía y Ciencia.

- Si entendemos por Teología la reflexión que parte de la fe, del mensaje de Cristo. Que nos explica el hecho de ser hijos de Dios, y que por su gracia, tenemos la vida eterna. Así como aquello que tantas veces dijo el Papa Juan Pablo II, citando un texto del Concilio: la revelación de Cristo revela el Hombre al hombre -lo que él llamaba la *dimensión temporal de la fe*. Podemos entonces asegurar que la fe nos potencia en la razón las cosas más difíciles; o sea, viene a ayudar a la razón en lo que es tarea propia de la razón.

La fe ayuda a comprender la relación de Dios con el hombre. Nos explica que la persona humana tiene un alma, un principio espiritual unido esencialmente al cuerpo; evitando así todo tipo de dualismo cartesiano. Nos ayuda, en general, a entendernos a nosotros mismos en profundidad. Porque la fe, que es sobrenatural, procede de una inspiración divina, y es una gracia de Dios capaz de potenciar la inteligencia, la genialidad de cada hombre.

En tal sentido, es posible afirmar que es en el ámbito del cristianismo, del catolicismo, del Vaticano, donde surge la llamada ciencia moderna, con Galileo. Y es algo natural que así haya sido, pues si el mundo está creado por Dios, este le ha dado una lógica, que se expresa en la matemática y en la idea de la experimentación. Es cierto que la ciencia moderna ha dado grandes saltos, y es parte de la cultura, un valor cultural. Pero nace bajo la maternidad de la fe. ¿Por qué no emerge en la India? ¿Por qué no surge en México, con su antigua civilización? ¿Por qué no en Grecia? Hubo intuiciones pero nunca llegaron a lo que llamamos ciencia moderna.

-Entonces, ¿podría ser la Filosofía un instrumento-puente entre Ciencia y Teología?

-Considero que sin la filosofía no podríamos explicarnos cabalmente lo que entendemos por Dios y por hombre. Cuando decimos que Dios es una naturaleza con tres personas, lo cual está en el Evangelio -Cristo dijo: yo y el Padre somos uno solo, yo y el Padre enviaremos al Espíritu Santo, ya estamos haciendo Filosofía, aunque sea en función de la Teología. Del mismo modo, cuando explicamos que la Encarnación es una persona con dos naturalezas. No podemos entender los atributos que le damos a Dios sin la Filosofía. Decimos: Dios es inteligencia, es amor, y estamos aplicando la Filosofía. Puedo asegurar que sin la mediación filosófica no podríamos entender profundamente lo que somos, ni a Dios. Es más, sin descubrir el alma, el intelecto, la libertad, la sociabilidad, la amistad en nosotros mismos a través de la mediación filosófica, no podríamos explicar bien a Dios.

Sólo con la ciencia biológica o la física no es posible explicar los conceptos fundamentales que organizan la sociedad. Por ejemplo, el amor y la persona, ¿sería posible explicarlo todo desde la biología?

-Ante el plenario, el día de su conferencia magistral "Fe, Filosofía, Ciencia", dijo haberle comunicado al Papa Benedicto XVI su intención de viajar a Cuba para participar en este evento. Es algo, afirmó, que el Santo Padre sigue con mucho interés pues él mismo

pertenece a la Academia y anima este tipo de diálogo. En tal sentido, para *Espacio Laical* tuvo estas consideraciones:

-Estoy convencido de que este tipo de eventos son fundamentales. Si hoy queremos dar una expresión y formación atendible de lo que es el ser humano, debemos oír a la Ciencia, lo cual no quiere decir que la única forma de conocimiento sea la científica; es un conocimiento con distintos grados de certeza. Por eso resulta muy conveniente dialogar con la Ciencia, tratar de establecer una visión interdisciplinaria del ser humano, sin que por ello pierda la Ciencia su propia autonomía.

En concreto, sobre este evento, lo considero muy importante porque ha sido la primera vez que la Universidad cubana, con sus mejores representantes, viene a dialogar con profesores del ámbito católico. Creo que ha sido un diálogo serio. Es un primer paso, y podría ser un punto de inflexión para que el mundo académico conozca las razones de la fe; todo el conocimiento de Teología y Filosofía que la Iglesia, como maestra, ha ido acumulando y es patrimonio de la Humanidad, con capacidad para dialogar con el mundo académico.

Al mismo tiempo, facilitaría que los miembros de la Iglesia conozcan en que mundo está la Universidad. Hay que continuar estos intercambios alrededor de temas que fueron surgiendo; por ejemplo, la dimensión ética de la Ciencia, planteada por el presidente y el vicepresidente de la Academia de Ciencias de Cuba. El debate debería proseguir también sobre asuntos como la justicia, al cual es muy sensible este grupo de la Universidad. Es un tema de mucho interés para nosotros, y al cual el Papa ha dedicado un espacio muy extenso en su reciente Carta Encíclica.

-La Academia -la única en su género- fue fundada en 1603 por Federico Cesi y otros jóvenes investigadores. Tomó el nombre de Academia Pontificia de las Ciencias el 1 de junio de 1937, cuando Pío XII la reorganizó. Tres años después, el mismo Pontífice concedió a los académicos pontificios, con su breve apostólico del 25 de noviembre, el título de "Excelencia". En 1961, Juan XXIII, con su breve apostólico del 3 de marzo, extendió este título a los académicos honorarios. Actualmente, la Academia cuenta entre sus miembros al famoso físico Stephen W. Hawking y a la premio Nobel Rita Levi-Montalcini. *Espacio Laical* se interesó por sus prioridades actuales.

-Para mí fue un gran asombro cuando el Papa Juan Pablo II me propuso como Canciller de la Academia. Me había dedicado a la enseñanza de la Filosofía, que se ha caracterizado por conocer poco lo relacionado con la Ciencia. Recién había ganado un concurso para desempeñarme además como profesor en una Universidad estatal. Para mí era algo valioso, porque es muy difícil para un italiano llegar a ser profesor en una universidad del Estado, imagínense para un argentino. No obstante, el Papa me hizo ver cuán importante era un profesor como canciller de la Academia, y acepté con gusto. Una vez allí, fueron los científicos quienes me abrieron el horizonte al diálogo con la Ciencia, y la necesidad de este tipo de eventos. Las prioridades las fui entendiendo a medida que me puse en contacto con los académicos.

Las prioridades, por parte de la Academia de las Ciencias, son establecer vías para tener un mundo más justo. Actualmente, la injusticia es grande, reconocida por el Papa cuando cita a San Agustín: *en la sociedad qué cosas son los reinos si no bandas de ladrones*. Si esto lo aplicamos al concepto de sociedad global, vemos que no hay justicia, y debe hacerse todo lo posible para detener el continuo crecimiento de disparidades educacionales, de salud, de justicia. No a través de una justicia de tipo aritmético, sino por una justicia con equidad que contribuya a la dignidad del hombre.

La otra prioridad de la Academia es la cuestión del clima. Hoy muchos científicos consideran el calentamiento como un asunto serio, que los políticos no tienen en cuenta. No se estudian fuentes alternativas a la energía fósil, que está estropeando el ambiente de alguna manera. En ese sentido, Cuba tendría que hacer un esfuerzo mayor en utilizar otros tipos de energía. Ustedes tienen esa posibilidad. Los brasileños, por ejemplo, utilizan otros tipos de energía que no es el petróleo; son energías limpias, como el *agrícola*, provenientes de materia vegetal. Esto es una prioridad pues, ¿qué mundo, esta Tierra que Dios nos ha dado como casa para vivir, le vamos a legar a las futuras generaciones?

En otro orden de atención, y no menos importante, como muy bien se planteó aquí, está conocer qué cosa es, realmente, el ser humano. Qué podemos decir hoy que somos, teniendo en cuenta aquello que nos ofrece la Ciencia con tanta abundancia, en específico, la biología y las neurociencias. Hay algunos descubrimientos importantes como el código genético, que considero una contribución esencial de la biología para conocer al hombre.

La Ciencia de hoy nos muestra que el misterio de la Creación es cada vez más misterio; se convierte en un misterio expositivo que convoca una búsqueda mayor, incluso desde otras ramas del conocimiento, como son la Filosofía y la Fe.

-Finalmente, con poco tiempo pues debía partir a un encuentro, le pedimos algunas recomendaciones para quienes están dispuestos al diálogo sobre estos temas en Cuba?

-Mi recomendación es la que hizo el Papa en su visita a la Isla: Cuba se tiene que abrir al mundo y el mundo tiene que abrirse a Cuba, no solo desde el punto de vista económico, sino también desde el punto de vista cultural.

Los cubanos, si fuera posible, deberían conocer todavía más otras dimensiones del saber, presentes en otras culturas, filosofías, la Teología y las diversas perspectivas de las ciencias que ellos mismos cultivan. (Todos los latinos, incluyo a los cubanos, nos creemos con una enorme individualidad creativa, y muchas veces lo que creamos ya había sido creado

por otros. Pero no lo sabemos.)

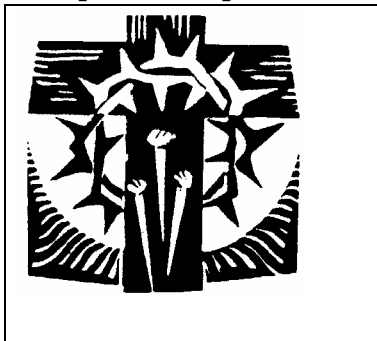
Es conveniente aprovechar los talentos de creatividad y genialidad que tienen los cubanos. No lo digo por congraciarme. Lo han demostrado con sus obras. Por ejemplo, tienen la primera Academia de Ciencias de América; grandes genios que han nacido en esta tierra son tributos universales al saber. Sin embargo, el hecho de que los hayan aislado económicamente implica que también lo han hecho culturalmente. De ahí la importancia de la frase del Papa.

[Regresar al principio](#)

Inusitada Homilía Papal

P. Antonio Rodríguez Díaz

De inusitada puede catalogarse la homilía pronunciada por el Papa Benedicto XVI en la Vigilia Pascual de este año (16 de Abril). En ella ha unido Ciencia y Teología para explicar la Fe en la Resurrección. Si esta homilía se hubiese dicho cuarenta años atrás, el calificativo hubiese sido de "atrevida", en lugar de inusitada; sin embargo, los años transcurridos, abonados por toda la evolución del pensamiento teológico católico, por hombres como el jesuita Pierre Teilhard de Chardín (+1955), lleva a denominarla de "inusitada", en lugar de "atrevida". Para aquellos que siguen el pensamiento teológico de los pontífices desde Pío XII (+1958) hasta el presente, casi seguro que coincidirán conmigo en que lo impactante de esta homilía de Benedicto XVI está en lo inusitado de la temática



tratada, precisamente en el marco de un sermón. Con la propiedad del teólogo que es, el Papa actual relaciona el tema físico y biológico de la evolución del cosmos con el tema teológico de la resurrección de Jesucristo, y esto no en una conferencia, sino en el ámbito de una homilía que, para la liturgia de la Iglesia Católica, es el marco oficial, más serio, por decirlo con todo el peso de la palabra, en el cual se expone la enseñanza de la Iglesia. Claro está que lo enseñado en este caso por Benedicto XVI no puede ser considerado dogma de fe, puesto que el pontífice no está hablando *ex cathedra* con la intención de proclamar un dogma.

Pero ¿de qué habló el Papa? De la resurrección de Cristo, diciendo que en la escala de la evolución del cosmos, y muy concretamente en la hominización, la resurrección de Cristo constituye la mayor mutación hacia la más alta perfección capaz de ser alcanzada en la evolución del cosmos, y repito, del hombre en particular.

Con palabras claras del profesor, que se ve no ha dejado de ser, el Papa Ratzinger explica ¿En qué consiste eso de "resucitar"? Y responde: "... la mayor "mutación", el salto más decisivo en absoluto hacia una dimensión totalmente nueva, que se haya producido jamás en la larga historia de la vida y de sus desarrollos: un salto de un orden completamente nuevo, que nos afecta y atañe a toda la historia, y más adelante afirma: "La resurrección... inauguró una nueva dimensión del ser, de la vida, en la que también ha sido integrada la materia, de una manera transformada, y a través de la cual surge un mundo nuevo".

Sabemos que estas cosas ya habían sido dichas antes por la Teología Católica de los últimos años; pero la novedad está en su incorporación a la homilía de un pontífice en la celebración más importante de la Iglesia. Ésta y otras intervenciones magisteriales de Benedicto XVI me sugieren el nombre del "Papa Teólogo" para designar al actual sucesor de San Pedro.

[Ver Homilía del Papa](#)

[Regresar al principio](#)

El Cardenal Angelo Sodano, secretario de Estado de Su Santidad, envió un mensaje en nombre del Santo Padre Benedicto XVI, a los participantes en la XXXVI Asamblea General de la Organización de Estados Americanos (OEA), que se clausuró el 6 de junio en Santo Domingo, después de reflexionar acerca de la *governabilidad y desarrollo en la sociedad del conocimiento*.

En el mensaje, el Sumo Pontífice envió un saludo a los jefes de Estados y a sus ministros de relaciones exteriores, así como un voto especial a José Miguel Insulza, secretario general de la OEA, quien -por cierto- abogó en algún momento de la cita por gestionar la normalización de las relaciones entre la Organización y el Estado cubano.

La Santa Sede, aplicando el mencionado tema central de la reunión a las urgencias y anhelos del Continente, considera, en su comunicación, la necesidad de construir una sociedad de paz, de estabilidad y de justicia en toda la América.

En tal sentido, enfatiza la obligación de promover la dignidad de la persona humana, el valor absoluto de la vida, los derechos humanos, la lucha contra la pobreza y la corrupción, el desarrollo económico y social, así como la seguridad contra la violencia en sus diversas formas: terrorismo, ataques contra civiles inocentes, secuestros, amenazas, tráfico de droga...

Para lograr lo anterior, la misiva considera esencial el fomento de los ideales cristianos de familia y matrimonio. Entendida la familia como el lugar del aprendizaje, del conocimiento, de la formación básica de los futuros ciudadanos.

Además, estima fundamental la existencia de un Estados que, sin sustituir a la familia, sea capaz de promoverla, protegerla y complementarla, así como garantizarle los debidos marcos económicos y sociales, culturales y políticos, etcétera, con el objetivo de propiciarle todo el universo de condiciones indispensables para el crecimiento humano y la convivencia fraterna.

En relación con el imperioso desarrollo económico y social, precisa que debe lograrse fundamentalmente por medio de una mejora de las condiciones de producción. Al respecto señala: *"No se trata solamente de distribuir más adecuadamente lo que hay, sino de mejorar las condiciones de producción y de buscar nuevas modalidades de un desarrollo en paz y armonía para todos."*

Por otro lado, acerca del logro de una metodología adecuada para gestionar los asuntos públicos, el documento indica la necesidad de cultivar el diálogo responsable, como vía para el entendimiento y el consenso, en cada sociedad y entre todos los países. Enfatiza la carta que esta es una de las tareas de la OEA.

Igualmente advierte la Santa Sede que la gran mayoría de los habitantes de los países miembros de la Organización son cristianos y las raíces cristianas pueden constituir un apoyo decisivo a la vida social y política de dichos Estados. Y ofrece la Doctrina Social de la Iglesia como marco que permite sentar las bases de la edificación de una sociedad que tiene como centro al hombre y no al dinero o a la ideología.

El mensaje esboza un proyecto de desarrollo y estabilidad para el continente americano, sobre todo -quizá- para su parte latina, tan desequilibrada en lo económico y en lo político, en lo cultural y en lo social. Es una propuesta encaminada a integrar de manera efectiva la solidaridad humana al proceso integrador de un mundo que se globaliza. Quiera Dios que tal ofrecimiento encuentre oídos receptivos, así como ciudadanos capaces y dispuestos.

[Regresar al principio](#)

Un familiar, después de leer algunas páginas de *El Código da Vinci*, me dijo que no entendía, que la historia contada allí nada tenía que ver con la que siempre había oído o leído sobre Jesús, los apóstoles y la vida de la Iglesia. No hay nada que entender, le contesté, esa es su intención: ponerlo todo al revés. ¿Y cuál es la historia real?, preguntó. Hice una pausa y con paciencia, dije:

—Creo que vamos a tener que empezar por el principio.

Fue *afortunado*, si cabe el término, tener el libro de Dan Brown —no publicado en Cuba todavía— que ha suscitado las más altas ventas en Europa y parte de América en los dos últimos años; también las más encontradas opiniones entre quienes recomiendan no leerlo y los que aconsejan una lectura crítica.

Ante tan apetitoso bocado, el cine pronto se lanzó sobre el texto, y acaba de estrenarse la película, nada menos que en el prestigioso Festival de Cannes. Aunque los especialistas y no pocos cinéfilos la califican mayoritariamente de mediocre, su éxito comercial parece garantizado: más de 200 millones de dólares en la primera semana de exhibición; decenas de millones de copias vendidas; vídeos promocionales, conferencias y debates en casi todos los canales de televisión de Occidente.

Puede que pase mucho tiempo en aparecer por estos lares, en vídeo o como suele suceder con lo último de la cinematografía universal, en la pantalla chica, e incluso en la grande.

En uno de esos debates televisivos, con la presencia de judíos, cristianos y agnósticos, y tras encontradas opiniones, alguien dijo:

—Lo positivo del libro o de la película es que nos ha puesto a estudiar, a repasar la historia y las Escrituras.

Fue en lo único que todos estuvieron de acuerdo. Suscribo esa opinión. Pero me sentiría incómodo si no me aclaro ciertas cosas como laico cubano que vive en la Isla.

De desatarse en Cuba tanto interés y polémicas en torno a la obra, ¿habría espacios para el debate plural y para sacar nuestras propias conclusiones?; ¿contamos con los conocimientos y la bibliografía —tan sólo los *decodificadores* van ya por decenas de volúmenes— para dar una opinión alternativa? No hablo solo de quienes, por su fe o proximidad a ella, conocen bien los relatos evangélicos, los sucesos posteriores a la crucifixión y Resurrección del Señor. Pienso en aquellos, también creyentes, laicos, cuya formación es insuficiente, y hasta en los no creyentes para los cuales la figura de Jesús puede no decirle nada, ni siquiera como cultura e historia.

El cine, por su alcance, es un medio eficaz para transmitir mensajes, cultura, saberes. En esa misma medida, sirve para deformar, empobrecer saberes y cultivo del espíritu. Cuando el destinatario resulta ser un *debilitado cultural* como lo son la mayoría de los cubanos en temas de religiones —puede que no de práctica—, un filme a la manera de *El Código da Vinci* resulta cuál *película* en el cristalino del ojo: deforma, confunde las imágenes reales y nunca se llega a conocer la Verdad.

No se trataría de *condenar* su exhibición, algo que hizo de *El Crimen del Padre Amaro* la película *exitosa* que nunca hubiera llegado a ser. Pero, ¡qué gran oportunidad para, como en el resto del Mundo, avivar la polémica en torno al Cristianismo! ¡Que conveniente sería exhibir *La Pasión*, de Mel Gibson, o cualquiera de las decenas de películas que sobre Jesús se han realizado y son excelencias cinematográficas!

Corresponderá a los cristianos cubanos estar atentos a la entrada en Cuba de *El Código da Vinci*. Ya no será un *afortunado* quien preguntará por las muchas cosas que no entiende o, simplemente, no conoce. Serán tantos que, paradójicamente, *El Código*...podría convertirse en una ocasión, contradictoria, para mostrar la verdad del Cristianismo y al verdadero Jesús.

Como dijera aquel panelista, la película nos pondrá a estudiar los orígenes de la religión de más de 1000 millones de personas, a revisar todas las corrientes anticristianas que surgieron casi desde el Siglo II, y *recicladas* llegan a nuestros días en una atmósfera que el Papa Benedicto XVI ha llamado *Dictadura el Relativismo*.

¿Quién mejor que un cristiano para ofrecer una alternativa válida, creíble, fundamentada sobre el filme? Las preguntas se harán en el centro de trabajo, en las casas de familiares y amigos, en todo sitio donde el tiempo y la paz lo permitan. En tales espacios trabajan y conviven los laicos, y tienen allí, por naturaleza, su misión: revelar la Verdad sobre Jesucristo y la Iglesia. Añadamos a esto un detalle substancial: en Cuba específicamente, y con paciencia, habrá que empezar desde el principio.



[Regresar al principio](#)

Roma y La Habana, dos ciudades unidas en el Espíritu.
Por Lenier González

“Los movimientos eclesiales quieren y deben ser escuelas de libertad, de verdadera libertad. En este mundo, tan lleno de libertades ficticias, que destruyen el ambiente y al hombre, queremos, con la fuerza del Espíritu Santo, aprender juntos la auténtica libertad (...) de los hijos de Dios”. Así sentenciaba con fuerza el Santo Padre Benedicto XVI en la tarde del sábado 3 de junio, víspera de la fiesta de Pentecostés, momentos después de dar la bienvenida en la Plaza de San Pedro a unos 350 000 miembros de los nuevos movimientos y comunidades eclesiales. Horas después y casi desde el otro lado del mundo, la voz del cardenal Ortega, Arzobispo de La Habana, se sumó a la del Romano Pontífice en un claro signo de comunión apostólica: “Los nuevos movimientos eclesiales son frutos genuinos del Concilio Vaticano II que impregnados de un cálido espíritu apostólico transforman el corazón del hombre por medio del Amor”.



Rememorando aquel primer encuentro convocado por Juan Pablo II en 1998, un mar humano, que no pudo ser abrazado por la columnata de Bernini, se congregó en Roma junto al Papa y a los líderes de más de 100 movimientos eclesiales de todo el mundo. Aproximadamente seis horas después, los representantes de los movimientos laicales de nuestra querida arquidiócesis habanera nos reuníamos en la Catedral de San Cristóbal de La Habana por iniciativa de nuestro arzobispo, cardenal Jaime Ortega. Ambas vigiliadas constituyeron un bello testimonio de unidad en medio de la diversidad propia de la Iglesia Católica y un signo patente de la acción del Espíritu Santo en medio del mundo.

Chiara Lubich, fundadora de la Obra de María (Movimiento de los Focolares), Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad de San Egidio y monseñor Julián Carrión, sucesor de monseñor Luigi Lusiani y actual presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación, fueron los principales animadores de la cita romana. En La Habana, tres jóvenes representantes de cada uno de los movimientos antes mencionados expusieron al numeroso público presente en la catedral habanera las características de estas nuevas realidades eclesiales existentes en nuestra arquidiócesis, signo visible de la vertiginosa expansión que han tenido en el mundo estas “realidades del Espíritu”. Se encontraban además otros movimientos laicales que han acompañado a la Iglesia cubana en su misión evangelizadora en medio de nuestro pueblo: el Movimiento Familiar Cristiano, el Movimiento de Mujeres Católicas, el Movimiento de Trabajadores Cristianos, la Frater, el grupo Pro Vida, las órdenes seculares franciscana, dominica y carmelita, la Legión de María y la Adoración Nocturna.

Lo mismo en Roma que en La Habana, los platos fuertes de ambas veladas corrieron a cargo del Papa Benedicto XVI y del cardenal Jaime Ortega: en dos bellísimas homilias pletóricas de alusiones al accionar del Espíritu Santo, abordaron varios temas de gran importancia para la Iglesia y el mundo actual. Las palabras del Papa en Roma, y las del cardenal Ortega en La Habana, no se limitaron a un mero discurrir teológico. Ante una multitud fervorosa, Benedicto XVI afirmó con gran ímpetu que Dios “no es un fantasma, no es simplemente un espíritu lejano, un pensamiento, una idea”. Y añadió: “Cristo vive en la imagen de su cuerpo, que es la Iglesia. Y nos define así: somos apóstoles, profetas, evangelizadores y maestros”. El llamado que hizo el Papa a la encarnación de los laicos en medio del mundo fue refrendado por el cardenal Ortega, quien instó a los movimientos laicales de la Arquidiócesis de La Habana a ser “dóciles al llamado del Espíritu” y a ser signos de la solidaridad y la fraternidad en medio del pueblo cubano.

Hablando de Pentecostés, el Papa afirmó que “el Espíritu Santo, dando vida y libertad, también dona la unidad”. Esta idea fue abordada por el arzobispo de La Habana, llegando a afirmar que “la unidad plena del género humano solo es posible mediante la Verdad”. La unidad en medio de la diversidad de dones y carismas fue tema obligado en ambas reflexiones.

Al término del segundo encuentro mundial en Roma el balance inmediato dejaba clara constancia del crecimiento de las nuevas realidades eclesiales. Al mismo tiempo, se nota que buena parte de los movimientos y nuevas comunidades han dado pasos concretos en cuanto a sintonía con los obispos diocesanos y al “espíritu de comunión” con el resto de la Iglesia, dejando atrás individualismos y maximalismos.

En cuanto a nuestra realidad diocesana, resulta aleccionador constatar como se van articulando estas nuevas realidades eclesiales en plena sintonía con las líneas de trabajo de la pastoral de conjunto de nuestra arquidiócesis. Ambos encuentros fueron una muestra visible de la vitalidad de la Iglesia en medio del mundo.

[Regresar al principio](#)

Consejo Pastoral Diocesano.



El doctor Gustavo Andújar, mientras presentaba el Objetivo General del Plan Global de Pastoral.

Los días 26 y 27 del pasado mes de mayo sesionó en la capital cubana el Consejo Pastoral Diocesano, presidido por el Emmo. Sr. Cardenal Jaime Ortega Alamino, arzobispo de La Habana. Durante el encuentro se analizó el Plan Global de Pastoral de la Iglesia en Cuba para el período 2006-2010, se profundizó sobre sus fundamentos teológicos y acerca de las condiciones existentes para realizarlo. Además, se reflexionó en torno a la manera de trabajar para desarrollar sus prioridades, que son las demandas de los católicos cubanos expresadas por medio de una encuesta efectuada por la Iglesia en todas las Diócesis del país. Entre dichas prioridades se encuentran: el cultivo de la espiritualidad y de la identidad laical, con el propósito de vigorizar el discipulado cristiano y la evangelización de las familias y de la sociedad en Cuba.

Donación de la BAC al proyecto de los Dominicos, en La Habana.

La noche del pasado 25 de mayo sesionó el Aula Fr. Bartolomé de las Casas, en el Convento San Juan de Letrán, de los frailes dominicos, en el Vedado. En esta ocasión, para que el Pbro. Joaquín Ortega, ex director general de la *Biblioteca de Autores Cristianos* hiciera entrega oficial de una amplia e interesante donación de libros para la biblioteca de este centro, que tanto aporta a la formación de católicos y no católicos, así como al imprescindible diálogo franco y constructivo. El padre Ortega dictó, además, una importante conferencia. Se encontraban presente el Emmo. Sr. Cardenal Jaime Ortega Alamino, arzobispo de La Habana, y Monseñor Luigi Bonazzi, nuncio apostólico en Cuba.



Fray Bartolomé de Las Casas.

Nuevo retiro nacional para laicos.

Con el título *Soñar con la utopía y vivir la realidad* se realizó, en la Casa Laical de la Arquidiócesis de La Habana, un nuevo retiro nacional para laicos comprometidos que se encaminan a madurar en la fe. La cita comenzó el miércoles 7 de junio y terminó el sábado 10. El encuentro tuvo entre sus objetivos: ayudar a descubrir el Plan de Dios en la propia experiencia familiar y social, iluminar con la Doctrina Social de la Iglesia el compromiso del laico en el mundo, clarificar la identidad del laico, analizar las implicaciones que el Plan Global de Pastoral 2006-2010 tiene para el compromiso de los laicos, así como reflexionar acerca de la realidad social para discernir las exigencias de la vocación personal del laico cubano que vive su fe inserto en la sociedad.

Simposio Ciencia, Religión y Fe: ¿un diálogo posible?



Padre Narciso de la Iglesia, sdb, mientras presentaba el panel de Filosofía.

La Casa Sacerdotal San Juan María Vianney, de la Arquidiócesis de La Habana, congregó los días 16, 17 y 18 de mayo, a un nutrido número de académicos, católicos y no católicos, cubanos y extranjeros. El encuentro tuvo el propósito de discernir acerca de la posibilidad de diálogo entre la ciencia, la religión y la fe.

Inauguraron el evento monseñor Marcelo Sánchez Sorondo, canciller de la Académica de Ciencias del Vaticano, y el doctor Ismael Clark, presidente de la Académica de Ciencias de Cuba, con sendas conferencias magistrales.

Estuvieron presente el Cardenal Jaime Ortega, Arzobispo de La Habana, sus obispos auxiliares, monseñor Alfredo Petit y monseñor Juan de Dios Hernández, sj, así como el Nuncio Apostólico en Cuba, monseñor Luigi Bonazzi, monseñor Carlos Manuel de Céspedes, vicario general de La Habana y monseñor José Félix Pérez, secretario adjunto de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba.

Se encontraba además la licenciada Caridad Diego, jefa de la Oficina de Asuntos Religiosos de Comité Central del PCC.

En una presentación especial del *Suplemento Digital* publicaremos una reflexión de fray Marciano García, ocd, sobre el evento.

[Regresar al principio](#)

Homilía de Benedicto XVI en la celebración eucarística de la solemne vigilia pascual que presidió en la Basílica de San Pedro del Vaticano.

«¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí, ha resucitado» (Marcos 16, 6). Así dijo el mensajero de Dios, vestido de blanco, a las mujeres que buscaban el cuerpo de Jesús en el sepulcro. Y lo mismo nos dice también a nosotros el evangelista en esta noche santa: Jesús no es un personaje del pasado. Él vive y, como ser viviente, camina delante de nosotros; nos llama a seguirlo a Él, el viviente, y a encontrar así también nosotros el camino de la vida.

«Ha resucitado..., no está aquí». Cuando Jesús habló por primera vez a los discípulos sobre la cruz y la resurrección, éstos, mientras bajaban del monte de la Transfiguración, se preguntaban qué querría decir eso de «resucitar de entre los muertos» (Marcos 9, 10). En Pascua nos alegramos porque Cristo no se ha quedado en el sepulcro, su cuerpo no ha conocido la corrupción; pertenece al mundo de los vivos, no al de los muertos; nos alegramos porque Él es --como proclamamos en el rito del cirio pascual-- Alfa y al mismo tiempo Omega, y existe por tanto, no sólo ayer, sino también hoy y por la eternidad (cf. Hebreos 13, 8). Pero, en cierto modo, vemos la resurrección tan fuera de nuestro horizonte, tan extraña a todas nuestras experiencias, que, entrando en nosotros mismos, continuamos con la discusión de los discípulos: ¿En qué consiste propiamente eso de «resucitar»? ¿Qué significa para nosotros? ¿Y para el mundo y la historia en su conjunto? Un teólogo alemán dijo una vez con ironía que el milagro de un cadáver reanimado --si es que eso hubiera ocurrido verdaderamente, algo en lo que no creía-- sería a fin de cuentas irrelevante para nosotros porque, justamente, no nos concierne. En efecto, el que solamente una vez alguien haya sido reanimado, y nada más, ¿de qué modo debería afectarnos? Pero la resurrección de Cristo es precisamente algo más, una cosa distinta. Es --si podemos usar por una vez el lenguaje de la teoría de la evolución-- la mayor «mutación», el salto más decisivo en absoluto hacia una dimensión totalmente nueva, que se haya producido jamás en la larga historia de la vida y de sus desarrollos: un salto de un orden completamente nuevo, que nos afecta y que atañe a toda la historia.

Por tanto, la discusión comenzada con los discípulos comprendería las siguientes preguntas: ¿Qué es lo que sucedió allí? ¿Qué significa eso para nosotros, para el mundo en su conjunto y para mí personalmente? Ante todo: ¿Qué sucedió? Jesús ya no está en el sepulcro. Está en una vida totalmente nueva. Pero, ¿cómo pudo ocurrir eso? ¿Qué fuerzas han intervenido? Es decisivo que este hombre Jesús no estuviera solo, no fuera un Yo cerrado en sí mismo. Él era uno con el Dios vivo, unido totalmente a Él que formaba con Él una sola persona. Se encontraba, por así decir, en un mismo abrazo con Aquél que es la vida misma, un abrazo no solamente emotivo, sino que abarcaba y penetraba su ser. Su propia vida no era solamente suya, era una comunión existencial con Dios y un estar insertado en Dios, y por eso no se le podía quitar realmente. Él pudo dejarse matar por amor, pero justamente así destruyó el carácter definitivo de la muerte, porque en Él estaba presente el carácter definitivo de la vida. Él era una cosa sola con la vida indestructible, de manera que ésta brotó de nuevo a través de la muerte. Expresemos una vez más lo mismo desde otro punto de vista. Su muerte fue un acto de amor. En la última Cena, Él anticipó la muerte y la transformó en el don de sí mismo. Su comunión existencial con Dios era concretamente una comunión existencial con el amor de Dios, y este amor es la verdadera potencia contra la muerte, es más fuerte que la muerte. La resurrección fue como un estallido de luz, una explosión del amor que desató el vínculo hasta entonces insoluble del «morir y devenir». Inauguró una nueva dimensión del ser, de la vida, en la que también ha sido integrada la materia, de una manera transformada, y a través de la cual surge un mundo nuevo.

Está claro que este acontecimiento no es un milagro cualquiera del pasado, cuya realización podría ser en el fondo indiferente para nosotros. Es un salto cualitativo en la historia de la «evolución» y de la vida en general hacia una nueva vida futura, hacia un mundo nuevo que, partiendo de Cristo, entra ya continuamente en este mundo nuestro, lo transforma y lo atrae hacia sí. Pero, ¿cómo ocurre esto? ¿Cómo puede llegar efectivamente este acontecimiento hasta mí y atraer mi vida hacia Él y hacia lo alto? La respuesta, en un primer momento quizás sorprendente pero completamente real, es la siguiente: dicho acontecimiento me llega mediante la fe y el bautismo. Por eso el Bautismo es parte de la Vigilia pascual, como se subraya también en esta celebración con la administración de los sacramentos de la iniciación cristiana a algunos adultos de diversos países. El Bautismo significa precisamente que no es un asunto del pasado, sino un salto cualitativo de la historia universal que llega hasta mí, tomándome para atraerme. El Bautismo es algo muy diverso de un acto de socialización eclesial, de un ritual un poco fuera de moda y complicado para acoger a las personas en la Iglesia. También es más que una simple limpieza, una especie de purificación y embellecimiento del alma. Es realmente muerte y resurrección, renacimiento, transformación en una nueva vida.

¿Cómo lo podemos entender? Pienso que lo que ocurre en el Bautismo se puede aclarar más fácilmente para nosotros si nos fijamos en la parte final de la pequeña autobiografía espiritual que san Pablo nos ha dejado en su Carta a los Gálatas. Concluye con las palabras que contienen también el núcleo de dicha biografía: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (2, 20). Vivo, pero ya no soy yo. El yo mismo, la identidad esencial del hombre --de este hombre, Pablo-- ha cambiado. Él todavía existe y ya no existe. Ha atravesado un «no» y sigue encontrándose en este «no»: Yo, pero ya «no» soy yo. Con estas palabras, Pablo no describe una experiencia mística cualquiera, que tal vez podía habersele concedido y, si acaso, podría interesarnos desde el punto de vista histórico. No, esta frase es la expresión de lo que ha ocurrido en el Bautismo. Se me quita el propio yo y es insertado en un nuevo sujeto más grande. Así, pues, está de nuevo mi yo, pero precisamente transformado, bruñido, abierto por la inserción en el otro, en el que adquiere su nuevo espacio de existencia. Pablo nos explica lo mismo una vez más bajo otro aspecto cuando, en el tercer capítulo de la Carta a los Gálatas, habla de

la «promesa» diciendo que ésta se dio en singular, a uno solo: a Cristo. Sólo él lleva en sí toda la «promesa». Pero, ¿qué sucede entonces con nosotros? Vosotros habéis llegado a ser uno en Cristo, responde Pablo (cf. Gálatas 3, 28). No sólo una cosa, sino uno, un único, un único sujeto nuevo. Esta liberación de nuestro yo de su aislamiento, este encontrarse en un nuevo sujeto es un encontrarse en la inmensidad de Dios y ser trasladados a una vida que ha salido ahora ya del contexto del «morir y devenir». El gran estallido de la resurrección nos ha alcanzado en el Bautismo para atraernos. Quedamos así asociados a una nueva dimensión de la vida en la que, en medio de las tribulaciones de nuestro tiempo, estamos ya de algún modo inmersos. Vivir la propia vida como un continuo entrar en este espacio abierto: éste es el sentido del ser bautizado, del ser cristiano. Ésta es la alegría de la Vigilia pascual. La resurrección no ha pasado, la resurrección nos ha alcanzado e impregnado. A ella, es decir al Señor resucitado, nos sujetamos, y sabemos que también Él nos sostiene firmemente cuando nuestras manos se debilitan. Nos agarramos a su mano, y así nos damos la mano unos a otros, nos convertimos en un sujeto único y no solamente en una sola cosa. Yo, pero ya «no» soy yo: ésta es la fórmula de la existencia cristiana fundada en el bautismo, la fórmula de la resurrección en el tiempo. Yo, pero ya «no» soy yo: si vivimos de este modo transformamos el mundo. Es la fórmula de contraste con todas las ideologías de la violencia y el programa que se opone a la corrupción y a las aspiraciones del poder y del poseer.

«Viviréis, porque yo sigo viviendo», dice Jesús en el Evangelio de San Juan (14, 19) a sus discípulos, es decir, a nosotros. Viviremos mediante la comunión existencial con Él, por estar insertos en Él, que es la vida misma. La vida eterna, la inmortalidad beatífica, no la tenemos por nosotros mismos ni en nosotros mismos, sino por una relación, mediante la comunión existencial con Aquél que es la Verdad y el Amor y, por tanto, es eterno, es Dios mismo. La mera indestructibilidad del alma, por sí sola, no podría dar un sentido a una vida eterna, no podría hacerla una vida verdadera. La vida nos llega del ser amados por Aquél que es la Vida; nos viene del vivir con Él y del amar con Él. Yo, pero ya «no» soy yo: ésta es la vía de la Cruz, la vía que «cruza» una existencia encerrada solamente en el yo, abriendo precisamente así el camino a la alegría verdadera y duradera.

De este modo, llenos de gozo, podemos cantar con la Iglesia en el «Exultet»: «Exulten por fin los coros de los ángeles... Goce también la tierra». La resurrección es un acontecimiento cósmico, que comprende cielo y tierra, y asocia el uno con la otra. Y podemos proclamar también con el «Exultet»: «Cristo, tu hijo resucitado... brilla sereno para el linaje humano, y vive y reina glorioso por los siglos de los siglos». Amén.

[Regresar al principio](#)

CRÉDITOS:

Equipo de redacción: José Ramón Pérez, Roberto Veiga, Habey Hechavarría y Lenier González.

Diseño: Ballate-ManRoval

[Regresar al principio](#)